

tros! lo hicieron sacerdote, le pusieron aquella sotana que él creyó coraza para los dardos de la tentación.

La senda recta que él vio un día trazada en su vida con tanta claridad, la veía ya desdibujarse, perderse en una bruma en que

iba penetrando y en la que andaba a tientas, como tantos infelices de quienes tuvo caridad.

Y la bruma tenía el perfume intenso de aquel devocionario que tropezó en la iglesia. . . Acaso fuera el humo del fuego contenido de sus pasiones juveniles, tardíamente encendidas y prontas a quemarlo y a convertir en cenizas su virtud, en la sensual hoguera.

La Tentación, que fué serpiente en un árbol del Paraíso, se hizo después aroma en un libro piadoso...



El Padre Ramón se vió acosado por los enemigos del alma; y él se observaba y creía descubrir en cada movimiento una condescendencia con el Mal.

El confesionario fué reducida y tenebrosa escena de sus sufrimientos. Antes, escuchaba tolerante las acusaciones de sus penitentes para imponer después benévolo castigo; ahora tenía que reprimir a veces el infernal deseo de ser coautor o cómplice de algunos pecados que le declaraban. . . Si una voz de mujer se filtraba por la rejilla, al extender las manos, en la sentencia absolutoria, se le figuraba la iniciación de una caricia..

El tiempo agigantó, en lugar de aplacar, las luchas de su pobre conciencia...

La serpiente concretó su obra: la tentación fué sólo un nombre y una frase. El nombre era «Carmen», y la frase la pronunciaba un monaguillo que se aparecía al sacerdote en una persistente alucinación: «yo la conozco»... El Padre Ramón cerraba inútilmente los ojos; y los oídos le recordaban: «... una señorita que se llama Carmen... Yo la conozco»...

Y un día, de precepto, en que todo esto sucedió y en que tuvo que extremar la resistencia ante la intensidad creciente de la lucha, como si el recuerdo llamase a las puertas de todos los sentidos, llenó la sombra del confesionario el mismo perfume causante de sus desasosiegos...

Y la emanación maléfica se le metía en los últimos rincones del cerebro, produciéndole una embriaguez desconocida y relajándole sus fuerzas. Respiraba con opresión, y el corazón aceleró descompasadamente su ritmo, y le hizo la emoción nu nudo en la garganta. Buscó el sacerdote el arma eficaz de una jaculatoria, y no encontró ninguna, porque de su memoria huyeron como espantados todos sus recuerdos piadosos. Miró al altar entonces, en angustiada súpli-